

RECIPROCIDAD ANDINA EN LOS RITOS DE AGUA: VISITANDO LOS DONES EN UN VIAJE POÉTICO AL DESIERTO DE ATACAMA

MARINKA NÚÑEZ SRÝTR*

Hola, les saludo muy cordialmente.

Para hablar de estos temas, en primer lugar, pido permiso y clavo en mi mente el cuchillo a la derecha de los lugares que hablaré...

Partiré este viaje con las palabras de don Raúl Ramos, cantal de Peine, cuando visitamos al Tata Llullaillaco:

Con todo respeto
Pachamama santa tierra
Con todo respeto, Pachamama
Hemos llegado a este lugar
A estar frente a frente con el cerro Llullaillaco
Aquí, todos los que estamos presentes
Le vamos a dar un pequeño convidado
Porque a usted siempre la respetamos como tal
Usted sale todos los años y nos limpia canales de los doce cerros
Entre ellos está Llullaillaco
Yo les ruego, les pido...
Pidiéndole siempre que nunca nos falte nuestra agua
Porque ustedes están todos comunicados
Todos los cerros
Y todos los cerros que tiene, tienen agua, tienen nacimiento
Y esas aguas son para todos los animales
Son dueños de los ganados que hay por aquí en el campo
Y siempre les hemos pedido que llueva
Que haya pasto para los animales
Que se mantengan verdes los campos
Pachamama, santa tierra

Recibe este pequeño convidado
Santo cerro Llullaillaco
Tan poderoso que eres
Tan lejano para venir a estar tan cerca
Pero así es cuando uno quiere estar cerca de alguien
De aquí a unos días más
Lo vamos a hacer con convidado desde Peine, como siempre
Por mientras les vamos a dar esto
Entonces recibe este convidado

Muy probablemente, si Marcel Mauss hubiese estado con nosotros allí en el desierto y puna de Atacama, hubiera dicho –creo– que los vínculos que genera el don promueven el agua en las colectividades indígenas atacameñas Lickanantay y de la puna, ya que ese vínculo social es fuerte, único e irremplazable. Une alteridades a través de los ritos y su eficacia, donde claramente se manifiesta el dar, recibir y devolver. Aquí nada es inerte...

Este dar, recibir y devolver pueden ser asuntos cotidianos y extraordinarios en intercambios de dones entre personas y entre

* Dra. en Antropología. Académica Escuela de Antropología, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, Santiago-Chile. ORCID: 0000-0007-9531-297X. Correo- e: marie.nunez@uacademia.cl

personas y no humanos, pues comparten un mismo campo social. Y aquí, como en tantos otros lugares del mundo indígena, tenemos cargos de prestigio que, en ciertos rituales, como los del agua, “representan” a su colectivo, a su comunidad en el momento más grandioso que es comunicarse con sus cerros tutelares, aguadas, manantiales, ríos: sus no humanos, donando los *convidos* y reciprocando.

Ese cargo de prestigio en el salar de Atacama se llama *cantal*. Junto con sus aprendices en ese diálogo, el cantal realiza el ritual conocido como “el convidado a la tierra” (en contexto de limpia de canales) o “llamado de lluvia”. El primero se realiza todos los años y el segundo solo excepcionalmente, cuando la comunidad puneña tiene dificultades muy serias de sequía (Rösing, 1996 pp. 104, 111).

El principio de la reciprocidad en nuestro mundo andino es fundamental y se le une la complementariedad en distintos ámbitos de la vida. A mí me gusta hablar de la reciprocidad de las aguas, que aun cuando suena poético, es del todo real y concreto.

El agua circula:

las aguas que discurren por la superficie (ríos y canales),

las aguas que circulan por el subsuelo (nacimientos, vertientes, puquios, lagunas),

las aguas de mar,

y las aguas que precipitan (Farfán, 2002, p. 126).

Dicho de otro modo:

La lluvia es el agua que cae,

el río es el agua que corre,

la vertiente o manantial es el agua que brota (Vázquez Estrada, 2008, pp. 82, 84).

Pienso que en lo que primero que observaría Marcel Mauss en este viaje imaginario sería la economía de estas comunidades del “desierto más árido del planeta” para luego conocer la cosmología, mitos y ritos. En las ceremonias de agua apreciaría que hay una relación directa entre agua, lluvias y cerros. Las montañas, cerros o *mallkus* siempre han formado parte de la vida del mundo andino; como protectores y guardianes tienen una relación más estrecha con los altos cerros/montañas, cuyos nevados garantizan la abundancia o la escasez de agua (Martínez, 1983; Gil García, 2008).

¿Y, por qué la escasez? Si no se hacen los ritos, pagos, el don no se entrega y no “tejería” la reciprocidad del intercambio, ni la devolución esperada por los humanos. Se transformaría en sed y hambre del cerro por no haberle dado lo suficiente... Es decir: el cerro tomará como suyo lo que los humanos no han sido capaces de ofrendar en los rituales. Y ese tomar como suyo, concluye en una de las peores pesadillas andinas: la sequía.

Es por ello que se les da de comer a cada uno de los cerros, cuyos interiores están “llenitos de aguas”. El *cajcher* es uno de los dones que se convida. Es la comida cruda para alimentar. La ceremonia de petición de lluvia (y agrego las limpias de canales a través del convidado) da inicio a un nuevo ciclo de reciprocidad como motor de la interrelación entre las entidades sagradas y el ser humano, que mantiene el equilibrio que se requiere: el agua da prosperidad a la comunidad y, a cambio, esta tiene que dar comida al agua y los cerros.

Mediante estos rituales, los cargos de prestigio investidos en mujeres y hombres conversan con sus entidades tutelares, se

ponen de acuerdo y se comprometen mutuamente en “prestarse servicios”, pues la reciprocidad en los Andes va más allá de lo humano. Por lo tanto, la idea central del don es la deuda que se instala en quien la recibe, inaugurando un “desequilibrio”, a la espera del retorno de la devolución del don, cuyo punto de partida se da entre dos entidades (humanas y no humanas), es el dar y recibir mutuos... La circulación, los intercambios, hacen posible que lo que doy se transforme en don en el orden simbólico de la comunidad y sus instituciones.

La deuda, puesto que está presente, alerta el cumplimiento de los ritos y corpachos. El centro del don y las maneras en que las prácticas socio-culturales entran en dinanismos, nos plantean su incidencia política y la territorialidad de cada uno de nuestros pueblos indígenas. El don no es solo dar, recibir y devolver... Es un vínculo social, material, espiritual, donde también la palabra, la oralidad, las técnicas corporales, el cariño, los sentimientos, el ser, entran en una acción bidireccional con la alteridad a través del rito para compartir plenamente con los no humanos. Y en ese compartir surge, en los ritos de agua, su veta política, ya que se refrendan los territorios ancestrales. El *hau* del don y el *hau* de los no humanos reivindican el intercambio, la complementariedad y la reciprocidad de las aguas.

Los cerros y el agua (los cuerpos de aguas) ritualizados en las limpiezas de canales y en el convido son actores políticos no humanos que deslindan la territorialidad de las comunidades, al menos en el sector meridional de la cuenca del salar de Atacama. Ellos constituyen un hecho social total ya que forman la *jurisdicción* territorial de cada comunidad y los deslindes

culturales frente a otras colindantes dentro del marco de los asentamientos dispersos en el desierto, y dentro de un contexto que exige justicia ambiental frente a todo tipo de extractivismo (naturalismo).

A continuación reproduciré unas hojas de mi cuaderno de campo, cuando además de antropóloga también fui estudiante y aprendiz... Durante cinco años fui aprendiz del cantal y esto me enseñó propósito de la identidad, la territorialidad, la reciprocidad de las aguas, los cerros y el amor, y así lo siento desde mi ser mujer. No sé qué diría Mauss sobre esto, pero voy a reiniciar el viaje de los dones:

Entre cerros, cuencas y suelos, entre ríos, vertientes, quebradas de entremeses y después los altos, las abras y/o portezuelos, se conectan las venas de la memoria y de las aguas, y así se alimentan las posibilidades del desierto. Como siempre ha sido.

La destreza de las cuencas abre sus curvaturas de base a cerro y desde el mundo celeste a lo terrestre... ¿Qué más perfección de las tragedias de los suelos y venas para generar tal paisaje?

¿Qué pudo haber ocurrido, que incluso el cerro Tolonchar se quedó sin cabeza, y cuántos otros también?

Incluso el Tata Lullaillaco regaló sus mejores rocas al salar de Punta Negra; y se las dio a la lengua del salar, tan negra como la yakana en tiempos de oscurana.

(Qué enojo debió de ocurrir allí, para dispersar toda su mente de cordillera a costa, de los Andes a la costa o sierra del Sr. Domeyko; de Tata a otro humano.)

Seguramente en una tremenda explosión que garantizó su autoridad en toda la comarca

¿Por qué? Más bien para qué... Para sentir las hoyadas y las rutas humanas que la desea compartir y caminar por aquellas generaciones que decidieron amar aquí...

Sin embargo, río Frío que remonta más allá, es una entidad tan fuerte y encantadora de encantar... como amable de amar.

En tantas vueltas, sospecho que el ojo de nacimiento de Llullaillaco le ha insinuado su pasión a río Frío... pero también sospecho, que nuestro río sufrió de los engaños del Llullaillaco; ¿será por eso que se detiene?, ¿será por eso que es el único río allí que tiene aquel rumbo en busca de la boca de aquel cordillero?; ¿será que también lo quiere sorprender y entrando la mañana se descongela para sentir la fuerza de sus fluidos y correr hacia sus brazos, al oriente, antes de que vuelva a enfriarse...? No lo sé...

Pero en este amor o desamor hay un cómplice. Es pampa Tocomar, que arbitra como preámbulo, pasillo y bisagra entre dos pasiones que sólo en ciertos momentos pueden amarse. Incluso Tocomar tiene su presencia por la quebrada de El Toro, allacito, por ese noroeste argentino que tanto queremos.

Así es que para proteger a sus amigos de ambos costados ha generado más pampas y quebradas, donde se hace difícil acceder.

La verdad es que ese amor tuvo que haber sido demasiado insostenible, pues unir en una ruta ambas posibilidades desde el Llullaillaco a río Frío es, por decir lo menos, imposible. O tal vez lo era...

Pero caminando hasta desgastar las lomas o sedimentos, sí es posible. Como ha sido...

Al parecer el tiempo atrás es muy distinto al tiempo de los humanos...

Pienso que Llullaillaco tiene una pena más antigua, y es con Arizaro. Ese salar, cuentan los cerros en sus sueños, era de tal felicidad que todos lo quisieron; de hecho, Antofalla estaba muy triste, pues se sentía marginal. De pronto, los asuntos no resultaron —presumo que fue algún Tata o alguna Pat'ta que no legitimó allí, y secó ese mundo.

Según lo contado en esos sueños, ese salar contento se transformó en una profunda lágrima y mandó a llamar a las aguas de las nubes para dar tal fertilidad de una vez y para nunca. Y se dice que la falta de nacimientos de la falda oriental del Llullaillaco quedó seca de una vez y para siempre; pero protegida del viento del Pacífico. Tal vez por eso que la falda del cerro hacia el oriente es más abrigada para preparar y vestir a sus hijos para el sacrificio en la fertilidad de sus aguas; en este caso

de la profundidad y generosidad de su *mallku*... pero en la soledad y solemnidad más absoluta. Tal vez precisamente por eso...

Y siempre albergados entre el Sr. Domeyko y por los Andes, siento una tremenda nostalgia por el cerro Socompa. Pero antes de él, debo decir que río Salado es un gran observador de todos los eventos de este mundo. Él quiso habitar hacia el noreste del Salar de Punta Negra, y es el río que siempre ha apoyado al Frío, pero, sin embargo, por su posición le ha costado moverse hacia el sur, pues sus aguas provienen del oriente y es sostenedor de las rutas rituales hacia la cima del Llullaillaco, hermanándose muy bien con las quebradas Zorras y Zorritas. Sí, hay allí una autonomía... pues sobre su loma se remontan los destinos hacia el Tata, pero es más intenso aún. Quimal —ritualmente— se las arregla para que sus venas ruterías a través de ciertas pampas como mariposas, y como así mismas, como mariposas en el diafragma de los humanos, lleguen hacia él.

Si es así, necesariamente han de escalar los afanes por el norte del Tata Llullaillaco; así como de pronto lo hacemos nosotros los humanos cuando queremos despejar el frente, o el estar de frente mirando a los ojos del otro o la otra, con temores perplejos.

Ahora entiendo los costados...

Y, claro, es cosa de estar de frente de los Andes, más allá también, mirando las costas bajas y una pampa hermosa entre dos abras, más bien un abra y un portezuelo. Allí están las casas antiguas que resguardan los rituales, descansos como tambos y sectores de refugios que nosotros los humanos hemos conocido con el tiempo y desde el tiempo.

Toda esta memoria situada en las cercanías del cerro Tambillo, como único páramo central hacia el sur de los señores del norte.

¡Qué lugares tan bien protegidos a través de la mirada inédita de sus cerros con nombres! Renombrados, bautizados y rebautizados, y nuevamente nombrados. Aun así, ellos y ellas se siguen entendiendo...

Puede ser el caso de un maestro como cerro Inka, a la zurda del Llullaillaco, pues a un cerro se le debe mirar de frente; de poniente a oriente, siempre.

Cerro Socompa ha quedado aparentemente solo, aun cuando en su espalda tenga la quebrada del Agua. Al menos está dispuesto casi en un frente diagonal a Quimal, su amada, y ha quedado turno de tanto mirarla hacia el costado; aun en la posibilidad de verla de frente. Creo que así ha sido, pues Socompa está dividido en color cerro y color agua, y es la parte clara la que está dispuesta a morir de amor en esa búsqueda de costado. Y siento que en su pasividad va a quedar así, solo, autorizado, acompañado, y nuevamente a la espera que ese color agua y cerro gire hacia su radicalidad.

No obstante, Socompa está saturado de amistad. Todos lo aman, todos pasan por allí, todos y todas tienen historias con él, pero su soledad, sus tonalidades de agua, derraman sus lágrimas hacia el oriente; y lo hace en silencio con una perpetua cuasi tranquilidad.

Tal vez por eso es que lo acompaña cerro Pular, Pular es un Siete. Siete de nieve casi perpetuo en su cúspide de perfil, sobretodo porque mira a Quimal.

Tengo la sensación que entre estos amigos se recorren las visiones más plenas de la comarca, incluso si una los mira desde la quebrada del Inka se aprecia la complicidad de sus conversaciones dentro de la madre Cuenca y de las madres Cuencas. Sin embargo, hay una cadenita de cerros que median entre ambos, claro. Es Pajonales, y es la clásica sierra que une los contornos de esas experiencias, como los bordados del alma que generalmente hacen nuestras abuelas. Es relativamente alta y baja, y su forma férrea no es la altura (como así pasa con los humanos...) No. Es su base ancha como las caderas parturientas las que sostienen detrás la tensión entre Miscanti y Miñiques, y luego lo que deriva de un modo más sensual hasta el fin del mundo meridional.

Sin embargo, cerca de Miñiques, en un rasgueo hacia la costa, el cerro Cosor está delimitando esas discusiones sobre la sensualidad y ese lugar no especificado sobre fin de mundo. Diríase que es un árbitro de ciertas fronteras escandalosamente permeables.

Bueno, cerca de Cosor, me atrapó Capur. Su vega me tragó pues soy humana. Hoy... hoy sé por qué lo hizo.

El cordón de Lila es una sierra sonriente, son las muchachas que se divierten del espectáculo. Clara-

mente son primas de las sierras sureñas a la altura de Imilac, por Colorado, pero su identidad tiene mirada a los cerros en cuestión, es decir, a los Andes. Ellas siempre se visten de morado, lilas, azulados, rosados, fucsias, amarillos, rojos y naranjos cuando salen a sus fiestas en horario de atardecer. Y si es de viaje, al amanecer. Y creo que están en toda la verdad, pues la parte occidental no tiene momentos de diversión, pues el señor de nombre afuerino Domeyko no es parte de su afán; y de allí, es decir, al poniente del caballero, la pampa es muy brutal para esta naturaleza. Ese lugar, esa pampa implacable, está sólo domesticada por la historia...el salitre, los obreros... por la historia nuevamente. Aquí hay temblores.

Las muchachas y sus fiestas... mirando el salar, mirando los oasis, mirando las quebradas, y a los señores de los altos, y viceversa.

Es que no podría ser de otra manera, pues es el único tiempo que tienen para desplazar sus miradas, y si fuere de otro modo, el cerro mayor del cordón, Chinquilchoro, las reprende. No estoy tan de acuerdo, pues las muchachas tienen que velar que ese atardecer siempre esté dispuesto para cuando los humanos y no humanos, del frente, hacen sus ritos de agua y convido en ese último aliento del sol en aquel cordón sostenido de horizontalidad. Sin embargo, los eclipses las inundan de su sabiduría. Aquí nadie tiembla con las miradas. Nadie, puesto que este mundo está hecho de alguien y no de algo.

Nuevamente pido permiso al invocar el territorio y los dones en vinculación con lo político:

Tata pur Tarajner, que tu nombre acopia y reúne a los linajes de las nacientes Vilti, Puri, Quepe, Soque y Chaqui Soque. Y cerros como ríos plenos de un espacio perpetuo y nuestro: Quimal, Chinquilchoro, río Salado, río Frío, Lullaillaco, Collacao, Socompa, Pichasque, Pular, Chilenomuyar, Quivir y Cosor. Sólo quisiera quedarme aquí, un ratito sola con ustedes. Pues, sus intensidades son también las mías y las nuestras.

Y bueno, todas estas palabras están contenidas en mi gran amor, del sustento político de las cuencas de Atacama y Punta Negra.

En Santiago de un tal Chile puede que llueva hoy, pero si lloviera allá en las montañas y luego todo se enfriara, sabría que tienes nieve. Eso me da la *posibilidad* de

tus aguas *posibles*. Alimente usted, que el campo ha de verdear para que no falte... para las siembras y cosechas, que no falte... para que la *pat'ra* y tatas no hambreen, para que los humanos cada vez le sintamos como un gran Tú, completo y vertiginoso a la vez. Haga

lo que sienta hacer para que esta relación logre vincular el tiempo atrás y el tiempo acá.

Que sea en buena hora...

Referencias bibliográficas

Farfán, C. (2002). El simbolismo en torno al agua en la comunidad de Huaros-Canta. *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 31(1), 115-142.

Gil García, F. (2008). A la sombra de los mallkus: Tradición oral, ritualidad y ordenamiento del paisaje en una comunidad de Nor Lípez (Potosí, Bolivia). *Revista Española de Antropología Americana*, 38(1), 217-238.

Martínez, G. (1983). Los dioses de los cerros en los Andes.

Journal de la Société des Americanistes, 69, 85-115.

Rösing, I. (1996). *Rituales para llamar la lluvia: Segundo ciclo de Ankari: Rituales colectivos de la región Kallawayá en los Andes bolivianos*. Los Amigos del Libro.

Vázquez Estrada, A. (2008). Rituales en torno al cerro, el agua y la cruz, entre los chichimeca otomís del semidesierto queretano. *Estudios Sociales*, 2.